

X.

Una tribu salvaje, acosada por el hambre, acababa de abandonar su territorio. Despues de un penosísimo viaje por el desierto bajo los rayos de un sol abrasador, llegó á un oasis cubierto de bananos.

Un torrente la separaba de aquel paraiso. Las aguas de aquel torrente no corrian, sino que se precipitaban con todo su peso de catarata en carata, esparciendo á larga distancia sus mugidos junto con una nube de espuma.

Apuradas todas las provisiones durante el viaje, la tribu habia pasado el dia sin comer ni beber. Contemplando tristemente aquella Hespéride, que ostentaba sus abundantes frutos en la opuesta orilla, la multitud principi6 á murmurar contra la ironía del destino.

Entre los individuos de la tribu, un hombre sabio, un anciano, quedóse cabizbajo, y apoyando la barba en su mano, parecia meditar profundamente.

Un jóven, confiado en la fuerza de su edad, díjose á sí mismo:

—¡Me siento capaz de vencer el ímpetu del torrente!

Lo probó, y desapareció entre las aguas.

El sabio seguia meditando.

Otro jóven, confiado en su certera mirada, exclamó:

—¡Allí veo un vado! Puedo pasar á la otra orilla.

Pero resbaló entre las rocas, y desapareció tambien.

Entonces el sabio, levantándose de pronto, dijo á sus compañeros:

—Estos han perecido porque debian perecer: desafiaron doblemente el peligro; dieron oídos primero á la voz de la presuncion, y despues á la del egoismo. Si solo el vigoroso hubiera traspasado el torrente, el débil se hubiera quedado en este sitio. Escuchad, pues, la voz de la sabiduría, que es tambien la de la justicia. Cogeos de la mano, y apoyados unos en otros, podreis vencer el ímpetu de las aguas: su furor no podrá resistir á vuestra union. La fuerza de todos se comunicará á los brazos de cada uno de nosotros.

Los que formaban la caravana adoptaron el consejo, y cogidos unos á otros, sus pechos resistieron sin flaquear la furia de torrente. Protegidos por este diquean imado, los niños, las mujeres y los ancianos fueron los que pasaron primero.

La tribu penetró de este modo en el Eden que tenia á la vista, sin perder ni uno solo de sus individuos, y cada cual cogió antes de ponerse el sol la parte que le correspondia del dorado maná pendiente de los árboles del oasis.

CAPÍTULO XVI.

El derecho de la guerra.

I.

Lo mas estúpido que hay en el mundo es la guerra; pero como es tambien lo que hay mas horrendo, resulta que el horror en ella hace pasar desapercibida su estupidez. Un hombre de valor consiente en matar por oficio, porque él puede caer muerto, y porque esta gloriosa alternativa le ofrece la ocasion de probar que la muerte no le intimida, á pesar de que prefiere la vida, y que solo se espone á morir para vivir mas desahogadamente, en caso de conservar su existencia.

Por exíguo que sea nuestro espíritu marcial, nos esplicaríamos la guerra encendida por el apetito carnívoro, esto es, la guerra del antropófago contra su semejante. Esta guerra, cuando menos, presenta la utilidad práctica de la caza contra animales de una misma especie. Puesto que el estómago del hombre digiere la carne humana, el vencedor se come al vencido, y queda reducida la victoria á una cuestion gastronómica.

Tambien se esplicaria la guerra de los piratas, si por casualidad hubiésemos tenido la triste honra de nacer en un siglo de saqueo. Esta es una manera ingeniosa de vivir sin trabajar, y de recoger sin haber sembrado.

«¡Siego con mi lanza!» gritaba un bárbaro desde la silla de su caballo.

Antiguamente la voz extranjero era sinónimo de enemigo. «Este

hombre habla otro idioma: ¡muera! Aquel vive en otra comarca: ¡debe morir también!» Se mataba para robar; se mataba para esclavizar, y como se mataba á muy bajo precio, se repetía indefinidamente la operación.

II.

Pero en el día es indispensable para alimentar la guerra consumir cantidades inmensas, que obligan á todos los gobiernos á desesperar de establecer la nivelación de los presupuestos. La *mano de obra*, así como los instrumentos de operación, á saber: el cañon rayado, la carabina rayada, el hospital de sangre, la intendencia, etc., todo esto no baja de cien millones de francos por una sola campaña.

Ni la victoria misma es capaz de sufragar tan excesivos gastos, á menos de dejar arruinados los pueblos por donde pasa. Pero actualmente, cuando un ejército bien provisto, con toda la coquetería militar de ordenanza, penetra en territorio enemigo con la música al frente, y al son de las tocatas más conocidas de las óperas de Donicetti ó Verdi, este ejército respeta en general la propiedad particular, si se exceptúan, no obstante, algunos hechos de rapiña soldadesca, y cuando se hacen dueños de una ciudad, los jefes sitúan centinelas en todas las esquinas, con el objeto de proteger el sueño de sus habitantes.

La lucha, en nuestra época, se empeña por ambas partes sin ódio, sin pasión, con una especie de galantería mezclada de irónico desden. «¡Romped el fuego, señores!»—«No: primero vosotros.» Al fin de la jornada, el general vencedor, presta cortesmente sus cirujanos al general menos afortunado; ambos hacen un cambio de prisioneros, y muchas veces, sentados á la misma mesa, comen y beben juntos, celebrando con un brindis su respectivo valor.

III.

Los pueblos, por otra parte, viven del trabajo, y no del pillage. El trabajo implica el comercio, y el comercio establece de frontera en frontera una grande afinidad de intereses, constituyendo á cada pueblo en acreedor ó en deudor, en mercader ó parroquiano del pueblo vecino.

El Estado que se propusiera devastar el territorio extranjero, devastaría al mismo tiempo su propio territorio, sin contar conque, la patria de cada uno de nosotros, gracias al derecho internacional, penetra junto con nuestra persona en el país extranjero: ella nos sigue en cierto modo, y nos protege contra cualquiera violencia.

Además, los ferro-carriles han estendido una red cada día más espesa sobre todos los pueblos á la vez, como para realizar la unidad de la Europa y convertirla toda en una sola nación. Los pueblos, antiguamente divididos por distancias considerables, viven actualmente el uno al lado del otro, y realizan entre sí invasiones pacíficas en forma de visitas.

De este modo hemos aprendido á conocernos, á querernos mutuamente, abreviando el espacio que nos separaba. En todas partes en que el hombre piense; en todas partes en que su corazón conserve nobles sentimientos, ya sea á orillas de un río, ya sea sobre la cima de un monte; en cualquier punto, en fin, del universo, reconoce, acoge á todo hombre que piensa y siente como él, como á un compatriota de corazón y de espíritu.

IV.

Entretanto, á pesar de todo lo que se pueda decir ó escribir contra la guerra (y eso que podemos asegurar que la imaginación no es capaz de idear contra ella una nueva imprecación ni un nuevo epigrama), la guerra queda siempre amenazando la paz europea, y conspirando incesantemente contra la humanidad: si no estalla hoy estallará mañana.

Esta situación de perplejidad universal, impone, pues, á todos los gobiernos la obligación de sostener un ejército más ó menos considerable, para defender sus respectivos territorios. Empero, bien considerado, ¿qué es un ejército sino una imposición de seguros contra el peligro de invasión? El problema consiste, en definitiva, en saber lo que cuesta y lo que produce la fuerza armada. Es una operación aritmética, que debe hacerse con la pluma en la mano, y si después de formado el balance nos encontramos con que la pérdida sobrepaja á la utilidad, es preciso principiar de nuevo la regla de proporción.

Así la Francia ha vivido en paz con la Europa desde 1815 hasta 1855. Durante este período solo ha verificado algunas escursiones á España, á Grecia, á Africa, á Amberes; pero todo ello se redujo á simples paseos militares, más bien que á verdaderas campañas, y sin embargo, hemos satisfecho anualmente la suma de cuatrocientos millones, por término medio, para sostener el ejército y la armada. Hé aquí diez y seis mil millones de francos malgastados por temor á una guerra que no llegó á estallar.

V.

A estos diez y seis mil millones que la guerra imaginaria ha devorado para alimentar las tropas y adquirir armamentos, debemos añadir diez y ocho mil millones más que ha perdido la producción, por haberse

visto privada anualmente de ochenta mil trabajadores llamados al servicio de las armas. El coste del ejército debe calcularse, no solamente por su coste efectivo, sino tambien por los perjuicios que ocasiona á la industria, separando al obrero del trabajo, para dedicarle á los ejercicios notablemente improductivos de: «¡Firmes!... ¡Flanco derecho!... ¡Flanco izquierdo!... ¡Fuego de fila!... ¡Fuego graneado!»

De consiguiente, treinta y cuatro mil millones de francos han desaparecido en cuarenta años en el abismo de una imposición de seguros contra un peligro, que, en realidad, solo existia en la mente de los gobernantes.

Si aquellos treinta y cuatro mil millones hubiesen quedado en poder de los que los habian ganado, y que hubieran sabido emplearlos en obras de utilidad, habria duplicado el capital disponible de la Francia, y en cualquiera ocasion en que tuviese necesidad de rechazar una invasion en su territorio, contaria con un capital suficiente para derrotar á la Europa entera.

VI.

Y no obstante, el ejército es indispensable. Ciertamente que sí: ¿quién lo duda? Atendido á que los gobiernos quieren infundirse miedo unos á otros, sin que pretendan precisamente hacerse la guerra, es indispensable sostener un ejército, hasta que los pueblos se gobiernen por sí mismos, y concluyan por comprender que no tienen necesidad de fusilarse mutuamente, ni tampoco interés alguno en enviarse recíprocamente un cólera invisible en forma de metralla.

Es indispensable un ejército; ¿pero de qué clase? La cuestion depende de la forma de gobierno. ¿Es acaso absoluto el monarca? Entonces necesita un ejército para defenderse á un mismo tiempo contra sus propios súbditos y contra la nacion vecina; un ejército de línea, un ejército permanente, muy disciplinado, muy práctico en el servicio, condenado á la obediencia pasiva; una especie de máquina animada de destrucción, que el director gobierna á su antojo, y que descarga en cierto modo contra el enemigo lo mismo que una batería de cañones.

El poder recluta este ejército entre la juventud robusta, entre las fuerzas vivas del país, y despues de haber elegido los hombres mas sanos y mejor formados, los revista, los numera y los manda á un depósito, en donde las distribuye en regimientos, haciéndoles permanecer allí el tiempo suficiente para arrancarles toda afección anteriormente concebida hácia su patria y hácia su familia; porque al vestir el unifor-

me, el recluta debe revestirse tambien de un nuevo espíritu. La disciplina exige que muera enteramente para sí, para convertirse en un soldado; para no ser mas que un soldado.

VII.

La Rusia nos ofrece en el dia el tipo completo de ese sér excepcional en que puede convertirse el hombre por medio de la disciplina impuesta á palos. El soldado ruso no vive de ninguna vida propia, ni de la del alma, ni de la del cuerpo: se le manda marchar y anda; se le manda hacer alto y se para. Sabe que tiene la obligación de limpiar su fusil, y lo limpia; pero todo lo que hace es mediante una orden; como movido por un resorte. Va maquinalmente cada dia del cuartel á la revista, y tambien maquinalmente regresa de la revista al cuartel. No hay mas que un instante en que el soldado ruso demuestra algun vigor; es al entrar en fuego: la batalla le parece una distracción; allí á lo menos tiene el derecho de morir, rompiendo de una vez la monotonía de su existencia.

En cuanto al oficial, pertenece generalmente á la clase noble: ha recibido una educacion brillante; habla regularmente el inglés y el francés; ha cursado historia en la escuela militar; conoce la literatura lo suficiente para figurar como hombre instruido, y al ingresar en el regimiento con su charretera nueva, con su única charretera de subteniente, conserva durante algun tiempo aquel primitivo perfume propio de una alma virgen, llegando hasta seguir una correspondencia poética, en papel satinado, con una jóven de quien se enamoró en su adolescencia.

Pero despues de haber permanecido algun tiempo en el cuerpo de guardia, el oficial empieza á sospechar que vive equivocadamente; porque las relaciones del hombre con el hombre no pueden estar basadas sino bajo la mas estricta igualdad, que impone á cada uno de nosotros y le granjea al propio tiempo la consideracion y la simpatía de su semejante; mientras que él, colocado en uno de los grados mas ínfimos de la gerarquía militar, no ve á su lado sino un superior ó un inferior, lo que le obliga á mantenerse en una situacion mas alta ó mas baja que los demas hombres, tan pronto señor como servidor, ó sea en un grado demasiado elevado, ó demasiado humilde; pero nunca en equilibrio.

VIII.

¿Cómo pasa su vida en el regimiento? Cumple con su servicio, y despues de concluido, va á almorzar, y luego vuelve á su servicio, fuma su pipa, y acude nuevamente al servicio, y separándose de su

compañía, va á tomar una copa de rom, ó á jugar al dominó, sin contar conque, de cuando en cuando, mandará algun soldado arrestado, para demostrar que ejerce una parte de soberanía en el Estado.

Así transcurre el tiempo; adelanta en edad el oficial, y empieza á desesperarse al ver lo lentamente que asciende en su carrera. La melancolía de una existencia sin objeto, sin familia, sin afecciones, sin nada de lo que une el hombre con el hombre, haciéndole cobrar cariño á la humanidad, ya sea por medio de la mujer ó del hijo, acaba por trastornar gradualmente el cerebro de aquella víctima del espíritu militar, y para vengarse de la injusticia con que le trató la suerte, llega á figurarse que el ejército constituye una nacion aparte, una clase superior á la masa del pueblo, y no conoce otro patriotismo que el honor de su bandera; no tiene mas anhelo que ganar otro grado, obtener otra condecoracion, ó algunos años mas de antigüedad.

Y para que su nombre figure entre los primeros en el escalafon, no hay acto de rigor que él no ejecute, no por crueldad, es cierto, sino por el honor de su profesion. Mujeres, niños, ancianos, él fusilará sin piedad todo lo que caiga entre sus manos en un dia de guerra civil, y no tendrá el derecho de salvarles la vida, puesto que Mourawieff le ha dado la orden de viva voz ó por escrito. ¿Quién no ha oido alguna vez á un oficial extranjero los detalles de una ejecucion horrible, ordenada por él, cuyo relato hace con la mayor naturalidad del mundo, sin ningun género de fanfarronada, sin advertir que desde el dia en que la sangre del hombre derramada por el hombre clama venganza sobre la tierra, nunca ha levantado su voz tan alto como en aquella circunstancia?

IX.

Y ¿qué ha producido, en definitiva, esta ingeniosa trasformacion del hombre en una máquina de destruccion? La Rusia ha podido brillar un momento por la perfecta organizacion de sus ejércitos. El emperador Nicolás, llevando siempre ceñida la espada, y calzadas las botas como un dragon, porque el déspota debe vestir de uniforme para imponer respeto á la multitud; el emperador Nicolás, repetimos, afectaba una especie de soberanía militar sobre una gran parte de Europa. Cuando un príncipe italiano ó aleman prometia á sus estados una constitucion, el Czar le mandaba uno de sus ayudantes, para ordenarle que anulase su promesa.

Despues del funesto 2 de Diciembre, el autócrata moscovita creyó ver estinguído para siempre el sol de la libertad en el occidente de Euro-

pa. «Ha llegado la noche, dijo: esta es la hora de Macbeth.» Y desnudó su acero, arrojándose sobre Constantinopla. ¿Qué victoria alcanzó en Turquía el ejército ruso? Rechazado sobre el Danubio, vencido en Alma, acribillado en Inkermann, reducido á capitular en Sebastopol, ha demostrado nuevamente que el mejor soldado del mundo es el espíritu de libertad.

X.

La Francia democrática se propone cumplir una mision muy distinta de la de Rusia. Debe, por consiguiente, tener un ejército organizado, en virtud de un principio diferente, y bajo una forma distinta; un ejército en apariencia contradictorio, económico y numeroso á la vez, que defienda su independencia en las fronteras, sin amenazar la libertad en el interior.

La Asamblea Constituyente habia creído vencer la dificultad, formando un ejército de línea para combatir á un enemigo extranjero, y estableciendo una Guardia nacional para resistir al ejército, en la hipótesis de que otro nuevo Cromwell se propusiera hacerse dueño del poder soberano. Todos saben cómo debia terminar este dualismo, ó mas bien, este antagonismo entre la fuerza pública; la una en el regimiento, y la otra en el hogar doméstico.

Sin embargo, el ejército, reorganizado por la Revolucion, llevaba el espíritu de la libertad envuelto entre los pliegues de su nueva bandera. Cuando los lobos coronados de Pilnitz declararon la guerra á la Francia en 1792, la Francia se levantó como un solo hombre para resistir al enemigo.

Cada ciudadano se hizo soldado: todo soldado se batió por una idea. Aquella fué la época mas gloriosa del ejército francés. Volaba á la pelea para rechazar la agresion de la monarquía contra la libertad, y para rodear las instituciones de la República con un cinturón de triunfos, como otras tantas fortalezas morales escalonadas al rededor de la frontera.

Los voluntarios del Sambre-y-Meuse no soñaban entonces con una guerra indefinida: ellos únicamente ansiaban la paz, para volver á sus hogares, y para enriquecer con su trabajo á la patria que acababan de salvar con las armas. Ciudadanos antes de entrar en campaña, volvian á ser ciudadanos despues de licenciados. No veian en la guerra sino una transicion momentánea; el último adios de las dinastías agonizantes dirigido á la revolucion universal de los pueblos contra el despotismo. Las batallas, segun ellos, debian acabar con los reyes.

XI.

Pero cuando Napoleon, convertido en monarca á su vez, sustituye con el espíritu de conquista el espíritu de libertad, el ejército no se bate ya por una idea; se bate por un hombre, y este hombre atrae hácia sí el culto que el ejército profesaba antes á la libertad. ¿Se hacia entonces una guerra nacional? ¿Acaso era necesaria la guerra? ¡Qué importa! Napoleon dispensaba al soldado de toda curiosidad sobre este punto; no le exigia mas que valor.

Mas á la caída el Imperio, el espíritu militar, creado por él, recayó sobre la Francia con todo el peso de una inaccion forzosa. Viéronse por todas partes millares de hombres, criados entre el humo de la pólvora y acostumbrados á vivir en medio de las horribles delicias de la guerra, divagar melancólicamente por las plazas públicas, buscando en vano contra la ociosidad un pasatiempo digno de su grandeza pasada.

XII.

Hubiera sido muy difícil hacer comprender á aquellos veteranos, que la sociedad vive del pensamiento ó del trabajo. Su profesion les habia parecido siempre la principal de todas: no podian resignarse á contemplar otros talentos ocupando los principales puestos de la política, ni los discursos de la tribuna reemplazar los relatos de la victoria. Ellos no convenian en que, sin haber oido silbar las balas, se podia influir en los destinos de la patria.

Estranjeros en medio de una nacion regenerada, que no podia ofrecerles sino una existencia monótona en un estanco de tabacos ó en alguna administracion de correos, quisieron permanecer separados por su traje de la multitud, y paseaban entre las diferentes clases de la sociedad sombríos y silenciosos, con sus largos bigotes y su levita militar abotonada hasta la barba.

Así vivian lejos del siglo, repasando en su memoria las campañas del Imperio. No tenian otro partido que el del campo de batalla: allí estaba continuamente su espíritu, y alimentaban día y noche su imaginacion con el recuerdo de los asaltos y de las cargas de caballería. Solo una imagen ocupaba su corazon, y figuraba sobre su chimenea: la imagen de Napoleon, de Napoleon primer cónsul, de Napoleon emperador.

Ellos no leian mas que las recopilaciones de los triunfos y de las conquistas del Imperio; no tarareaban, sino las coplas del cancionero de

la levita parda y del sombrero de tres picos. En una palabra, no podian comprender cómo la Francia se acostumbraba á vivir sin andar á cañonazos.

XIII.

La Restauracion habria podido perdonar aquella veneracion del militarismo hácia su ídolo, y el militarismo, á su vez, hubiera celebrado poder contribuir á afianzar la única paz por él deseada, la paz con el poder, allanándose así á ostentar en su pecho la cruz de San Luis al lado de la de la Legion de honor.

Pero el partido de la emigracion humillaba ó perseguia al veterano que habia servido bajo la bandera tricolor, ó que anteriormente derrotara el ejército de Condé, precipitando de este modo al militarismo indignado en brazos del carbonarismo ó de la oposicion.

Entonces ofreció la Francia el espectáculo conmovedor de ver á muchos militares que hubieran pocos años antes cargado sin cuartel á cualquiera que gritase *viva la libertad!* tartamudear tambien la palabra libertad, y jurarla un amor inviolable.

La union contradictoria del militarismo y del liberalismo, combatió á la Restauracion paso á paso, ya por medio de la prensa, ya por medio de conspiraciones. Pero despues de la Revolucion de Julio, estalló la discordia entre el partido militar y el partido liberal, y cada uno volvió á adoptar su verdadero carácter.

El militarismo pidió desquitarse á todo trance de Waterloo: queria acto continuo, y sin miramientos, precipitarse sobre la Europa, con la mecha encendida y al redoble del tambor. El gobierno de Julio tuvo la feliz idea de comprender que la libertad era nuestro desquite, nuestra verdadera victoria: *hæc est victoria nostra que vincit mundum*. Empero, al mismo tiempo que el gobierno proclamaba una política de paz, juzgó prudente, para salvarse de la impopularidad, hacer resonar á cada instante las músicas en honor del Imperio.

Ahora bien: cuando colocaba de nuevo la estatua de Napoleon sobre la columna Vendome; cuando terminaba el arco de triunfo de la Estrella; cuando entapizaba las paredes interiores del palacio de Versailles con doce mil metros de tela en que habia pintadas todas las victorias del Emperador; cuando mandaba traer de Santa Helena el cadáver de Napoleon, comisionando al efecto á un príncipe real; cuando envolvia la ciudad de Paris en un círculo de fortificaciones, con el objeto de proporcionar á los antiguos soldados un paseo digno de sus recuerdos; cuando escitaba á cada paso la fibra militar del país, ya haciendo representar

una batalla del Imperio sobre las tablas del Circo Olímpico, ya enviando á Africa una division del ejército para perseguir á un puñado de árabes, ¿qué hacia el gobierno en definitiva? Desarrollaba cada dia mas el espíritu soldadesco entre las modernas generaciones, desnaturalizando el espíritu de libertad en beneficio del espíritu de conquista.

XIV.

La República de 1848 intentó una reaccion contra esta tendencia: probó á democratizar el ejército, y á establecer una verdadera *landwehr* con el nombre de Guardia nacional movible. La bayoneta, en efecto, debe pensar en una democracia. El alma y la fuerza del pais no pueden ser sino una misma cosa: la nacion deliberante y la nacion armada.

De consiguiente, no mas lotería humana; no mas sorteo; no mas sustitutos mediante dinero: todo ciudadano es soldado: todo soldado permanecerá en activo servicio durante dos años, concluidos los cuales pasará á la reserva. Una legion en cada departamento, y acantonada en el departamento para mayor economía. El ejercicio del fusil obligatorio en todos los colegios, y el tiro de la carabina en cada pueblo. Esto es lo que constituye el ejército en una democracia.

«Pero este ejército, se nos dirá, no podrá resistir á tropas veteranas y aguerridas, acostumbradas á todas las maniobras.»

¿Quién lo prueba? ¿La esperiencia quizás? ¿Qué esperiencia es esa? ¿Será tal vez la de Sadowa, en que una miserable *landwehr* derrotó al ejército mas reputado de Europa por su táctica y maniobras? ¿Es la esperiencia de la Revolucion francesa, en que una multitud de voluntarios rechazó á los granaderos históricos del gran Federico?

«Mas con una Guardia nacional móvil, ó en otros términos, con un ejército de reserva, no puede emprenderse una guerra de conquista.»

No cabe duda en ello, y en esto precisamente consiste el mérito de este ejército; porque, ¿qué necesidad puede tener la Francia de ensanchar sus fronteras? ¿Le falta terreno para el desarrollo de su comercio y de su industria? No es una hidropesía de territorio lo que constituye la importancia de una nacion, sino la densidad de la poblacion en una estension fija de terreno.

«Con un ejército nacional, en uso de licencia ilimitada, no es posible acudir á la defensa del pais.»

¿Qué nacion se atreveria, y con qué derecho atacaria á la Francia, libre, industrial, mercantil, naturalmente protegida por tres mares y por tres hileras de montañas ó de fortificaciones? ¿Seria acaso para des-

membrarla? ¿En provecho de quién? ¿De la Inglaterra, de la Italia, de la Alemania, de la España ó de la Suecia? Si hubiera sido posible una reparticion de la Francia, ya se hubiese probado en 1815, cuando cayó á los piés de la Santa Alianza.

Para salvar nuestra frontera seria necesaria la coalicion de una gran parte de la Europa, y para provocar esta coalicion seria preciso que la Francia hubiese principiado por amenazar la independenciam de sus vecinos. ¿Y qué interés podria tener en anexionarse la Bélgica, la Holanda, la Suiza ó la Baviera? Esto seria adquirir otras tantas Polonias, que amenazarian de continuo sus flancos, condenando al gobierno al suplicio de convertirse tan pronto en carcelero como en verdugo.

XV.

Lo absurdo no se discute nunca; basta indicarlo, y pasar adelante.

Si la Francia no toma la iniciativa de semejante agresion, ¿quién se aventuraria á tomarla contra ella? Cualquiera que fuese el agresor, hallaria á la Francia en guardia, á la Francia con un millon de hombres armados, á la Francia con los inagotables recursos de su presupuesto, á la Francia con todos los títulos de una causa justa, es decir, con todas las simpatías de los pueblos libres de Europa. Al primer paso que diese el enemigo en nuestro territorio, le habríamos devorado. De otro modo, la nacion francesa no seria digna, ni de la posicion que ocupa en el mapa, ni del lugar en que figura en la historia.

Ha llegado el momento de decir la verdad: la Francia es la única nacion que tiene el derecho de desarmarse, por su situacion, por su poblacion, por su riqueza, sin que por el hecho de quedar desarmada pueda correr ningun peligro. En efecto, el dia en que ella justifique por un argumento sin réplica, por la reduccion de su efectivo militar, que no abriga ninguna ambicion, ni proyecto alguno de engrandecimiento, obligará á los demas Estados á imitar su ejemplo.

El dia en que no infunda miedo á nadie; el dia en que no trate de hablar con la cabeza erguida, y haciendo resonar sus espuelas, aquel dia, desengañada la Europa de todos sus temores, se brindará á disminuir su presupuesto de guerra, y aliviará al contribuyente, abatido por el peso de los impuestos.

Y esto será porque en todas partes, tanto en Francia como fuera de ella, parecen los gobiernos jugar á lo imposible. Apenas una nacion se ha puestopié en de guerra, ya la nacion vecina aumenta sus ejércitos. La primera dobla sus fuerzas para tener mayor ventaja: la segunda tri-

plica inmediatamente su contingente, dando así al universo una nueva representación de la comedia del cañon rayado, que aumenta sin cesar de calibre, mientras sigue creciendo indefinidamente el espesor de la coraza del navío, sin calcular que la fortuna pública acabará por desaparecer por completo, en busca de esta nueva piedra filosofal del ataque y de la defensa.

XVI.

«Pero la guerra, se nos dirá, es la gloria. El día en que no haya guerra, no habrá tampoco Alejandro ni Césares.» Es un error creer esto: si se desea un azote para la humanidad, todavía quedan el cólera y el tifus.

Una noche quiso Napoleón saborear al pálido resplandor de la luna el espectáculo de una victoria que acaba de ganar. Cogió del brazo al mariscal Soult, y recorrió con él el campo de batalla.

Todo aparecía allí silencioso é inmóvil. De distancia en distancia veíanse diseminadas en el suelo multitud de pirámides negras, semejantes á los montones de guijarros que suelen colocarse á lo largo de un camino en vía de construcción.

No obstante la aparente tranquilidad que se advertía en derredor, cualquiera que aplicara el oído habría escuchado muchos gemidos lastimeros, que salían de entre los citados montoncillos.

Sobre la inmensa llanura que se ofrecía á la vista, yacían tendidos treinta mil hombres, algunos de los cuales no habían dejado aun de sufrir.

Revolcándose en un lago de sangre, aquellos infelices trasmitían sus atroces dolores á sus padres, á sus madres, á sus hijos, á sus esposas.

Era horrible, en verdad, contemplar á estos hombres hechos pedazos, torturados hasta la última fibra de su cuerpo por el dolor mas cruel que el hombre pueda infligir al hombre, el dolor producido por una arma de fuego ó por la punta de una bayoneta. Los desdichados clamaban inútilmente en aquel desierto de la gloria, pocas horas antes tan ruidoso, pidiendo un vaso de agua, tan solo un vaso de agua para apagar el fuego que consumía sus entrañas.

En medio de aquel vasto cementerio, Napoleón columbró una luz vacilante, que reflejaba sobre una tierra húmeda, y al acercarse á ella, pudo examinar con toda detención alguna cosa que no había observado hasta entonces. Era una inmensa tienda de campaña rodeada de parihuelas. Delante de la puerta, varios hombres, con delantal de tela blanca, bar-

rían con ademán de indiferencia los pedazos de carne que los cirujanos acababan de cortar á un sér humano.

A algunos pasos de distancia, cuatro ó seis enfermeros, en traje adecuado á su servicio, apilaban silenciosamente los brazos y las piernas separadas de sus troncos. Las pilas iban creciendo siempre de minuto en minuto; después las rodearon de leña, y prendieron fuego á todo aquello, á fin de evitar al día siguiente una emoción demasiado fuerte para la sensibilidad del ejército.

Al presenciar semejante espectáculo, Napoleón volvió á coger el brazo del mariscal Soult, y con voz entrecortada por el horror de aquella visión: «¡Una choza, dijo, y dos mil libras de renta!»

Aquel día hablaba con sinceridad.